

Autor: Abilio Ayuso

# LA RESCATADA

Ilustrador Ronny Bravo



*Historia de suspense  
con un toque de romanticismo.*

+14

En las décadas de 1950/60, durante la Semana Santa, España entera se convertía en un monasterio cutre, las emisoras de radio solo programaban rezos y música sacra, lo mismo con la incipiente televisión, con la excepción de alguna película sobre temas bíblicos, también cerraban bares, restaurantes, cafeterías, cines, teatros, eventos deportivos y cualquier cosa que pudiera representar la más mínima diversión.

Pero, como dice el refrán, no se le pueden poner puertas al campo, y allí, justo en el campo, es donde muchos jóvenes encontrábamos una vía de escape.

La excusa era clara, excursionismo, hacer deporte de forma sana disfrutando de los beneficios de la naturaleza, la realidad era escapar de aquel mausoleo en que se convertían las ciudades.

Para las familias más rancias se organizaba muy bien el teatro: “Vamos un grupo de chicos (o de chicas), amigos/as del colegio, haremos excursiones, acampadas, Etc.”.

Incluso en ocasiones los grupos de chicos y chicas partían por separado, aunque en el mismo tren o autobús de línea, al llegar al pueblecillo del remoto destino, lejos de miradas indiscretas, por “casualidad”, se encontraban y proseguían juntos su andadura.

Fue en una de aquellas excursiones cuando sucedieron los hechos de este relato: Andábamos un grupillo de siete muchachos y seis chicas caminando un atardecer por el pre-Pirineo, a buen paso para llegar a nuestro destino, un caserón abandonado que haría con ventaja las veces de tienda de campaña.

Si algunos padres habían preguntado por las tiendas, la respuesta era: “Ya las llevan los otros”, contábamos con la ventaja de que no todos los padres se conocían y que en aquel entonces los diabólicos teléfonos móviles estaban lejos de aparecer.

A pesar del madrugón, la lentitud de los transportes públicos de aquel entonces nos había consumido la mitad del día, así que debíamos apresurarnos para acampar antes de que fuera noche cerrada.

Cuando llevábamos ya cinco horas de buena marcha, ocurrió al pasar junto a una aldea en ruinas, bordeábamos su minúsculo cementerio, cuando me pareció oír un ahogado gemido desgarrador, me detuve en seco, hice callar a todo el grupo y pregunté: “¿Habéis oído eso?”.

“¿El qué?”, contestaron varios a coro, como respuesta a esa pregunta el gemido se dejó escuchar de nuevo y esta vez no hubo duda.

Grité con voz de triunfo: “¿Lo veis?, sale de este cementerio, vamos, hay alguien en apuros”.

Tal cual lo decía ya me estaba internando por entre aquel amasijo de tumbas centenarias hasta llegar a una que se conservaba entera, aunque a diferencia de las otras no llevaba inscripción alguna.

Me detuve para comprobar que solo cuatro de mis amigos me habían seguido, el resto, junto con las chicas, no habían traspasado la derruida valla y parecían hacernos gestos indicando que estábamos locos.

Impuse silencio y no tardamos en oír de nuevo aquel grito angustioso, en esta ocasión con mayor claridad.

No dudé ni un segundo, ante el asombro de mis compañeros dije: “Venga chicos, aquí hay alguien enterrado vivo, hay que abrir esto como sea”.

La losa superior parecía muy pesada y resistió nuestros primeros intentos de abrirla con la fuerza de nuestras manos, nos dispersamos en busca de herramientas hasta que finalmente encontramos unas oxidadas barras de hierro de las que se usan para los encofrados y un par de viguetas en ángulo bastante sólidas.

Apuntalamos una varilla, que afortunadamente era puntiaguda, en el intersticio entre la losa y la tumba y golpeamos usando a modo de martillo una pequeña cruz de piedra caída junto a una tumba vecina, lo cual nos valió la reprobación del resto del grupo que recelosamente se habían acercado a nosotros.

Mi respuesta fue tajante: “Mirar chicos, si realmente Cristo existió y era tan bueno no le importará que usemos una cruz para salvar a una persona que sufre”.

Al escucharse los primeros golpes los gemidos incoherentes se tornaron frases angustiosas como: “¡Ayuda, por favor, estoy aquí, sacarme por Dios!”.

Su voz denotaba que era una mujer joven aterrorizada, y eso nos hizo redoblar nuestros esfuerzos, una a una las barras se fueron insertando como cuñas bajo la pesada losa de granito, hicimos palanca con las cuatro a la vez y para nuestra satisfacción la losa se movió hacia un lado, a partir de ahí ya pudimos introducir las viguetas y apartarla lo suficiente para permitir el paso de una persona.

La visión del interior nos dejó perplejos, era como si sobre el ataúd hubieran vaciado la mitad de una tienda de santería.

Cruces extrañas, ristas de ajos, el cadáver de un pobre gato negro atravesado con agujas de hacer punto, símbolos esotéricos de toda clase, no faltaba detalle.

Sin pensármelo salté dentro de la tumba y comencé a retirar todas aquellas porquerías, mientras una de las chicas comentaba: “¿No deberíamos dejarlo y avisar a la policía?”.

La respuesta de Gonzalo no se hizo esperar: “Si, claro, cinco horas de vuelta para encontrar un lugar civilizado, se nos hará de noche, igual no nos creen, y cuando venga la Guardia Civil mañana o pasado ya estará muerta de verdad, ¿Te gustaría que hiciéramos eso si fueras tú la que estuviera dentro?”.

“No... Claro, pero lo que estamos haciendo seguro que es ilegal”.

“Si fuera por divertirnos claro que sí, pero estamos salvando una vida”.

Mientras tanto, yo había acabado de retirar hacia los lados toda aquella basura para descubrir con asombro que aquel ataúd de sólida madera estaba rodeado por tres gruesas cadenas cerradas con candados.

Oí las voces de mis amigos comentando: “¡Que cabrones!, se han asegurado de que no pudiera escapar”.

“Si, pero... ¿Y todas esas mierdas y cruces que le han puesto encima?”.

“Supersticiones de campesinos piojosos”.

“Todo lo que quieras, pero a mí me da muy mal rollo”.

“¿Tienes miedo de que salga una bruja y te coma el culito?”

En ese punto corté la conversación diciendo: “Dejaros de hostias y moveros, necesito una de las barras y que tú Gonzalo bajas a ayudarme”.

“¿Y porque yo?”.

“Porque si baja uno de los otros no tengo la garantía de que no se cague de miedo y empeste esto más de lo que está”.

A regañadientes descendió mi amigo con la barra, tuvimos la fortuna de que cabía exactamente por los eslabones de la cadena. Entre los dos comenzamos a girar la barra con lo cual la cadena se retorció y se acortaba.

Al presionar sobre el ataúd se oyó un crujido espantoso, al escucharlo Gonzalo me comentó: “Me parece que en lugar de romper la cadena aplastaremos el

ataúd”.

“Me da lo mismo, de una forma u otra la sacaremos, además si está viva ya no lo va a necesitar”.

Seguimos retorciendo con todas nuestras fuerzas hasta que para nuestro alivio la cadena saltó cayendo a los lados de la tumba.

Me di cuenta de que ya no se oía ningún grito de socorro y eso hizo que me apresurara más aún para romper las otras dos cadenas, una vez hecho me puse a un lado de la caja para poder abrirla mientras Gonzalo salía de la tumba, no sé si por miedo o para dejarme espacio, los ojos de mis compañeros seguían expectantes la maniobra, excepto dos de la chicas que no se atrevían a mirar.

Levanté la pesada tapa que cayó a un lado con el estruendo de un cañonazo, durante un par de segundos pude ver una muchacha de larga cabellera negra totalmente enmarañada, apenas cubierta con un camisoncillo blanco, que se tapaba la cara con unas finas manos con largas uñas cubiertas de sangre, al instante siguiente se había incorporado con un salto felino abrazándome fuertemente mientras emitía un gemido lastimero seguido de un llanto desgarrador.

Mis amigos me apodaban el “Nervios de acero”, porque aunque consiguieran darme un susto inesperado nunca se notaba en mí ningún gesto de sobresalto, a pesar de que la procesión iba por dentro, en esta ocasión mis nervios de acero me impidieron empujar a la chiquilla lejos de mí y salir corriendo de la tumba.

Tampoco me ayudaron los gritos de pánico de mis compañeros y el sonido de sus botas alejándose a la carrera.

Pasado el primer momento de terror, comencé a acariciarle la cabeza y a decirle con la voz más dulce posible: “Tranquila, ya estás a salvo, nosotros te cuidaremos y los que te han hecho esto lo pagarán caro”.

En apenas segundos mi primer temor se desvaneció sustituido por una profunda compasión hacia aquella niña, aparté un palmo su cabeza de la mía para poder ver su rostro, retiré la melena que la ocultaba y me di cuenta de que era bellísima, entre sollozos me dijo: “Gracias, muchas gracias, te debo la vida”, no pude evitar el darle un beso en su húmeda mejilla que para mi asombro ella me devolvió con un roce de sus labios en los míos.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba fría como el mármol y se impuso mi espíritu práctico, la tomé en brazos elevándola hasta el borde de la tumba, lo cual no me costó demasiado porque era más ligera de lo esperado, mientras la subía le dije: “Ven pajarillo, te voy a sacar de este sitio horrible”.

Salté fuera con la agilidad de mis dieciocho años, para comprobar, que excepto Gonzalo, todos se habían retirado a una prudente distancia, las chicas agrupadas como rebaño de ovejas asustadas.

Por un instante me reí de ellos, para pasar de inmediato a la indignación, allí la única que tenía razones para estar asustada era la pobre chiquilla que habían enterrado viva, que además con aquel frío atardecer primaveral de montaña se debía estar pelando de frío, así que grité sin demasiadas contemplaciones: “Venga nenazas, aquí hay una pobre cría muriéndose de frío y de hambre, así que dejaos de mariconadas y comenzar a sacar algo de comer y alguna ropa de recambio que hayáis traído”.

Mi discurso les hizo reaccionar, se fueron acercando con sus mochilas, apareció un termo con un café con leche aún tibio, unos bizcochos, unos calcetines, unas bombas, un chándal de recambio, pero faltaba lo esencial, unas bragas, porque el semitransparente camisón dejaba entrever que debajo no había prenda alguna.

En esta ocasión fue Gonzalo el que dijo: “A ver chicas: ¿Sois tan guarras que ninguna ha traído unas braguitas de recambio?”.

Una de las chicas contestó: “Yo sí, pero es que no tengo otras para cambiarme”.

“Pues tráelas alma de cántaro, que ya te las lavaré yo cuando se te ensucien, y tu culito también si quieres”.

Cuando tuvimos el equipo completo senté a la muchacha en una tumba bien conservada y en tono de sargento de artillería ordené: “Venga tías, hacer algo positivo, ayudarla a vestirse, y limpiarle esa sangre que se ha hecho al intentar escapar, que hace un frío que pela, nosotros nos retiramos a un lado y no miramos”.

Al cabo de un minuto vino una de las chicas a decirnos en un susurro: “Está fría como el mármol y tiene unas uñas muy largas, da mal rollo”.

Mi respuesta fue contundente: “¿Y tú como estarías si llevaras yo qué sé cuánto encerrada en esa tumba, muy calentita?, Y lo de las uñas es normal, seguro que el ataúd no llevaba un neceser de manicura, anda so gilipollas, tu sí que das mal rollo”.

Mientras tanto los chicos deliberábamos sobre la situación, era muy tarde para volver al pueblo, se nos haría de noche en el camino, pero uno de nosotros provisto de linternas podría llegar y avisar a la policía. Llegado este punto

oímos detrás nuestro una voz muy suave, con un ligero acento extranjero, que nos dijo: “No por favor olvidaros de la policía”.

Nos volvimos sorprendidos para ver a la muchacha, vestida un poco en plan espantapájaros, con toda la corte de nuestras amigas detrás, Gonzalo no pudo evitar decir asombrado: “¿Después de lo que te han hecho esos hijoputas no quieres denunciarlos?”.

“Os lo explicaré: Me llamo Nadia, soy hija de un hombre muy rico de esta región, mi madre era una gitana rumana bellísima que volvió loco de amor a mi padre, pero pertenecían a culturas muy diferentes y la cosa no funcionó, se separaron al cabo de pocos años sin haberse llegado a casar. Mi madre se marchó conmigo y murió al cabo de poco tiempo, tal vez de tristeza. Yo me crié con mis abuelos maternos. Al enterarme de que mi padre había fallecido vine solo para honrarle, pero su familia pensó que venía para apropiarme de la herencia, y ya veis lo que me hicieron”.

En este punto interrumpí su discurso: “¿Pero porque no se limitaron a matarte en lugar de montar ese rollo de enterrarte viva?”.

“Porque son gente muy supersticiosa y pensaban que si me mataban mi espíritu podría volver para vengarse, pero al enterrarme así, según ellos, dejaban atrapado mi espíritu para siempre”.

“¡Que gentuza!, Así que no solo querían matarte de una forma espantosa sino además dejar prisionera tu alma, pero sigo sin entender porque no quieres denunciarlos”.

“Tu no lo entiendes, para ellos yo era la sucia gitana que venía a robar lo que entendían que pertenecía a la familia y a desposeer a sus sobrinos, que se supone que habían cuidado a mi padre hasta su muerte, eso sino la precipitaron. Todo el pueblo estaba contra mí, o por lo menos los principales, el médico, el cura, el alcalde, el sargento de la guardia civil. Certificaron mi muerte por - causas naturales- y me trajeron aquí para dejarme morir, si reaparezco se las ingeniarán para matarme y esta vez definitivamente, mi único recurso es que crean que he muerto y marchar con la familia de mi madre”.

“Como tu prefieras, aunque me indigna, ¿Qué quieres que hagamos?”.

“Tratar de dejar la tumba como estaba y llevarme con vosotros, cuando lleguemos a una ciudad grande contactaré con mi familia para que vengán a buscarme”.

Fue deprimente el darnos cuenta de que todavía faltaba la mitad del sucio trabajo por hacer, Gonzalo y yo bajamos de nuevo a la tumba, cerramos el

ataúd, colocamos las cadenas como si estuvieran enteras atando las puntas con finos cordeles, volvimos a depositar toda la santería encima del ataúd, más o menos como estaba, incluyendo el pobre gato muerto, y una vez fuera empujamos entre todos la pesada losa hasta dejarla en su posición original”.

“¿Y no se darán cuenta de que has escapado si algún día abren el ataúd y no ven tu esqueleto?”.

“No te preocupes, son muy supersticiosos, jamás se atreverán”.

“Ya entiendo, porque según ellos tu alma escaparía y volvería al pueblo para vengarse, ¡Que ignorantes!, ¿Y Cuánto tiempo llevabas allí metida?”.

“Sinceramente no lo sé, porque en la oscuridad los minutos se hacen horas y las horas días, la ventaja es que en aquel oscuro silencio los sentidos se agudizan, creí oír voces humanas y grité con todas mis fuerzas”.

“Eso te salvó”.

En aquel momento Nadia se abrazó a mi cintura y dijo con voz suave: “Eso... Y el hecho de que entre vosotros hubiera algún valiente”.

Sentí todas las miradas del grupo clavadas en mí, daba por hecho que me estaba ruborizando así que corté la situación diciendo: “Bueno chicos, aún nos queda media hora de camino y se está haciendo de noche”.

Continuamos montaña arriba hasta llegar al antiguo caserón abandonado que nos serviría de refugio, constaba de una enorme sala en la planta baja, con una chimenea que para nuestra fortuna aún estaba en buen uso, hicimos acopio de leña y al cabo de unos minutos brillaba un alegre fuego que nos permitía ahorrar en velas y linternas pero daba un aire tétrico a la estancia, un par de puertas desvencijadas apoyadas sobre cajas de embalaje hacían de mesa, y unos tablones sobre ladrillos de bancos para sentarse.

Sacamos nuestras provisiones y nos dispusimos a compartirlo todo alegremente, en un momento dado Gonzalo objetó: “Hey chicos, no zampéis tanto que ahora somos uno más”.

A lo que una de las chicas respondió: “Tranquilo, por lo que está comiendo, ni se va a notar”.

Era verdad, Nadia apenas probaba bocado, nos miró a todos y dijo con una sonrisa: “Está todo muy bueno, pero de tanto tiempo sin probar bocado pienso que se me ha cerrado el estómago”.

A lo que Gonzalo saltó de inmediato: “Chica tu come lo que te apetezca, no sea que por querer quedar bien te siente mal la comida, y si quieres un poco de vino para acabar de pasar la comida, en esta bota tengo un tintorro que alegra el alma”.

“Huy, eso sí, muchas gracias”, dicho lo cual se llevó el pitorro de la bota a los labios, como si fuera un biberón y comenzó a chupar ávidamente, atrayendo murmullos de reprobación por parte de alguna de las chicas que Gonzalo cortó de raíz diciendo: “Callar so cenutrias, ¿Os pensáis que los extranjeros saben cómo se usa esto?, tu bebe como quieras bonita que tu boquita no me da asco, y al que se la de... Que se joda, que la bota es mía”.

Cuando acabó de beber con un sonoro suspiro, yo tomé a mi vez la bota y echando un trago añadí: “Y a mí tampoco me da reparo”.

A lo que alguna voz femenina en la sombra respondió: “Ya lo suponemos, porque ni la sueltas ni te suelta, la llevas enganchada con cola”.

A partir de ahí el ambiente se distendió, siguieron las bromas de todo tipo, principalmente de carácter erótico, hasta que el cansancio hizo mella y se impusieron las ganas de dormir, Gonzalo siempre tan práctico gritó: “Nenes y nenas, os recuerdo que aquí dentro no hay lavabo, así que para hacer pipís y caquitas, linterna y afuera lejitos, que no quiero comer mañana con olor a mierda, y si os da miedo... De dos en dos”.

Para dormir usábamos las pequeñas alcobas del piso superior repartiéndonos según los gustos de cada cual, cuatro de las chicas dormían en habitaciones aparte cada una con sus respectivos novios, las otras dos escogieron dormir juntas en otra, dos chicos dijeron que compartirían habitación, ¡qué remedio!, pero quedaba la cuestión de Nadia, porque en alta montaña las noches de finales de marzo eran heladoras y ella no tenía saco. En ese punto corté las especulaciones diciendo: “Tranquilos, yo llevo un saco grande y dormiré con ella”.

Eso acabó la discusión, aunque levantó murmullos de fondo. Cuando nos íbamos a retirar vi que las chicas habían formado grupillo, una de ellas me llamó: “Carlos, ¿Puedes venir un momento a ayudarnos?”.

Me excusé con mi compañera y me acerqué al grupo, donde la más decidida me soltó de sopetón: “¿Tu ya te fías de dormir con esa?”.

“Mujer, tal vez debería ser ella la que desconfiara de dormir conmigo, ¿No te parece?”.

“Hombre, el mayor peligro de dormir contigo sería que se te escapara una

mano y te llevaras un sopapo, pero ella...”.

“¿Ella que...?”.

“¿No te has fijado?, aunque se ha sentado cerca del fuego sigue fría, lo he notado al pasarle el pan, y la forma en que bebía, apenas come y yo que sé que más, pero me da escalofríos, dale tu saco y que duerma sola, tú te pones un par de anoraks encima, yo te presto una mantita”.

“Cortar el rollo que dais asco, a mí lo que me da escalofríos es la gente como vosotras, se supone que tenéis estudios y sin embargo os comportáis como campesinas ignorantes de la edad media, ya me gustaría ver como estaríais después de estar encerradas vete a saber cuántos días en una tumba, pareceríais brujas asquerosas”.

“Bueno, nosotras ya te hemos avisado, yo por supuesto que pienso atrancar la puerta de mi habitación”.

“¿De qué tienes miedo, si vas a dormir con un machote?”.

“Si bueno, tu riéte, pero hay cosas de las que ni un machote te salva”.

Las dejé murmurando y volví con Nadia que me preguntó: “¿Que les pasaba?”.

“Tonterías de chicas, y por cierto... Yo no te he preguntado, pero... ¿No te sabrá mal dormir conmigo?”.

“¿Y con quien iba estar mejor que con el hombre que me ha salvado?”.

He de confesar que, a mi edad, me sentí muy ufano al oírme llamar -hombre-.

Llegamos a la habitación, desplegué el saco tamaño matrimonio, encendí la vela que traía, de las del tipo grueso con funda de plástico que se acostumbran a poner frente a las imágenes de los santos, con eso me aseguraba que no se rompería por el camino y que duraría las cuatro noches necesarias, su luz daba a la pequeña alcoba un aire entre místico y romántico.

Hice una especie de almohada con alguna ropa envuelta en mi anorak, y cuando me quise dar cuenta Nadia ya se había desnudado por completo y se estaba metiendo en el saco, imagino que vio mi cara de asombro porque dijo: “Cuando duermen dos personas de distinto sexo en un saco lo mejor es hacerlo desnudos para darse calor mutuo”.

No me hice rogar y me desnudé con discreción para no exhibirme demasiado, me introduje en el saco y noté junto al mío el cuerpo de Nadia, que

efectivamente estaba helado, pero con una frialdad especial que no producía frío, sino por el contrario hacía que mi cuerpo generara más calor. Era como esos linimentos mentolados que dan una primera impresión de frío, pero acaban produciendo un calor intenso.

Estaba preocupado porque no notara la erección imparable que mi pene mostraba con toda la fuerza de mi juventud, pero cuando me abrazó y me besó ya no le di la más mínima importancia.

Las caricias que intercambiábamos eran cada vez más apasionadas, a veces notaba las puntas de sus afiladas uñas sobre cualquier parte de mi cuerpo, pero sólo como un leve roce, sin que me llegaran a causar ni siquiera el inicio de un leve arañazo.

En un momento dado me encontré encima suyo abrazado por sus brazos y sus piernas, con toda suavidad tomó mi pene orientándolo hacia su interior y empujó mis nalgas hacia ella, no pude evitar el preguntarle: “¿Estás segura?”.

“Claro que si tonto”.

Fue la primera vez que hacía el amor con una mujer, pero debo confesar que, aunque en los sesenta años siguientes he conocido a muchas, ninguna la ha superado, ni de lejos.

Dormíamos y hacíamos el amor a intervalos, en un momento dado me despertó con un beso y vi que se había puesto el chándal y las bambas, se limitó a decirme: “Duérmete voy un momento al lavabo”.

“Te acompaño con una linterna”.

“¿Para qué tonto, no ves que estoy totalmente acostumbrada a la oscuridad?, anda, duerme que estás agotado”.

No me hice rogar y caí en un sueño profundo, solo me desperté cuando volvió a meterse en el saco, la abracé para darle calor, pero curiosamente no la noté tan fría como antes, tal vez era el amor, o que ya me estaba acostumbrando.

El paseo al lavabo exterior le había sentado bien, porque volvió más apasionada y sensual aún que antes, así que continuamos nuestra deliciosa rutina de sueño y amor hasta bien entrado el amanecer.

Cuando descendimos por la amplia escalera cogidos de la mano vimos que el resto del grupo ya estaba en la mesa y que todas las miradas se volvían hacia nosotros con un aire discretamente inquisidor.

Carmen no pudo evitar el preguntar con un cierto retintín: “¿Que tal habéis dormido?”.

A lo que yo propinando un sonoro beso en los labios de Nadia contesté: “Dormir, lo que se dice dormir... No mucho, pero hemos estado en la gloria, ¿Verdad cariño?”.

A lo que ella contestó: “En pocas horas he pasado del infierno al cielo”.

Disfrutaba especialmente esta ocasión porque sabía que yo le gustaba a más de una de las chicas del grupo, pero se hacían las interesantes conmigo, actitud que detestaba porque siempre he odiado la hipocresía en las relaciones.

Una de las chicas que habían dormido juntas comentó: “Pues yo he dormido fatal, me ha parecido oír chillidos inhumanos fuera”.

Gonzalo no perdió la ocasión para soltar: “Me parece que te has confundido y los chillidos inhumanos tal vez eran gemidos muy humanos”.

“Nada de eso, porque se oían fuera, y con el frío que hace no creo que ninguna pareja estuviera a la intemperie”.

“Si en lugar de dormir chica con chica, hubierais dormido chica con chico, no habríais tenido esos problemas, además ahora con Nadia estamos aparejados, somos siete y siete”.

“Tal vez no hubiéramos tenido esos problemas, pero hubiéramos tenido otros peores”.

“Pues nada, a joderse que sarna con gusto no pica, ya que eludís la presencia de un macho protector a ver que oís la próxima noche, los pasos del ñacañaca que os viene a comer el culito”.

“Que gracioso”.

Aquel día fue plomizo y tormentoso, pero he de confesar que disfrutamos como locos, Nadia estaba alegre, radiante y divertida y las demás chicas, tal vez por eso o porque sabían que ahora era mi amante, lo cual la convertía en humana de facto, parecían aceptarla mucho mejor, en un momento dado tomó la bota de vino de Gonzalo y dijo en clara ironía a los comentarios de ayer: “Yo extranjera, no saber cómo usar esto, yo probar a meter por culito”.

A lo que Gonzalo riendo respondió: “No por Dios, la boquita sí, pero eso no”.

“Déjala hombre igual te lo convierte en un gran reserva”.

En un momento dado incluso las chicas llegaron a formar grupo con ella y preguntarle como cocinaban en su país y chafarderías como por ejemplo si tenía novio, en respuesta a lo cual una voz varonil añadió: “Pues si lo tiene debe llevar los cuernos como un alce”.

Carmen le tomó una mano y dijo: “Ya no estás tan fría como ayer, se nota que te ha sentado bien la compañía”.

“Si, pero tardaré en recuperarme del todo, tengo el frío metido en los huesos”.

“Tengo una idea, como hace un tiempo de perros podemos hacerte la manicura, así evitamos que en un arranque de pasión dejes la espalda del pobre Carlos como la bandera de Cataluña”.

Nadia aceptó, aunque no se la veía muy convencida, las chicas trajeron sus cacharritos de manicura y comenzaron por tratar de cortarle las uñas, lo cual no fue tan fácil porque las tenía durísimas, lo cual suscitó el comentario: “Pero chica: ¿Que tienes las uñas de hierro?”.

“Desde casi bebé, mi mamá me ponía un producto para endurecerlas, decía que para las gitanas a veces puede ser su única defensa”.

“Tenía razón, con esto casi podrías trincar un pavo, ya nos darás la receta porque a mí se rompen solo de mirarlas”.

“Ya me gustaría, pero el secreto de la pócima murió con ella, el año pasado acabé el último frasquito de preparado que me dejó”.

“Pues para ser gitana tienes una piel blanquísima, y esos ojazos verdes tampoco son normales en tu raza”.

“Esas dos cosas se las debo a mi padre, el resto es de mi madre”.

“Oye, ha parado de llover, vamos a buscar algo para complementar la comida y de paso damos un paseo, ¿Te vienes con nosotras?”.

“Os lo agradezco, pero he pasado tanto frío que prefiero quedarme junto a la chimenea”.

“¿Y vosotros chicos... Venís?”.

“¿A coger plantitas y florecillas?, no gracias, además estamos a media partida de cartas”.

No habían pasado cinco minutos desde que se habían marchado cuando Gonzalo en lugar de servir cartas para una nueva ronda dijo: “¿Que os parece si les pegamos un buen susto a esas cabronas?”.

“¿Que dices?, si ya se las saben todas”.

“Pero esta no se la esperan, tengo un plan, además se lo merecen por criticonas”.

El plan consistió en volver a vestir a Nadia con el camisoncillo, aunque esta vez con bragas y camiseta, y engancharle en sus recién recortadas uñas otras fabricadas con macarrones crudos, así como dos enormes colmillos saliendo de su boca, la colocamos sobre la mesa tapada con una manta pero con su negra cabellera colgando hacia el suelo, seguidamente pusimos una nota en la puerta que decía: “Hemos tenido que marchar urgentemente al pueblo, no os mováis de la casa y cerrar bien la puerta, ya os explicaremos”.

Tres de los chicos se caracterizaron lo mejor posible con pasamontañas, mantas y todo lo que se les ocurrió y se escondieron tras el hueco de la escalera, el resto subimos al piso superior para mirar ocultos desde la oscuridad tras la barandilla.

Apenas habíamos acabado del montaje cuando comenzó a llover de nuevo y pronto escuchamos los pasos y voces de las chicas que regresaban. Leyeron la nota de la puerta que suscitó toda clase de comentarios: “Esto me huele a chamusquina”, “Como sea un bromazo de los suyos se van a enterar”, “Si es verdad que ha sucedido algo lo que no entiendo es porque no ha podido quedarse uno a darnos explicaciones”.

Entraron con precaución y vieron el cuerpo inmóvil sobre la mesa: “Hostia, es Nadia, le ha pasado algo grave”.

“Más que grave, debe estar muerta, porque si no: ¿Porque la iban a tapar entera con una manta?”.

“Bueno, vamos a comprobar que le ha pasado”.

“Yo no me atrevo a levantar esa manta ni loca”.

“¿Y prefieres quedarte ahí sin saber lo que hay debajo?, además es solo una chiquilla?”.

“Pero una chiquilla que da mal rollo, bueno hoy, desde que se ha dejado cortar las uñas no tanto”.

“Si, pero hemos tenido que usar los alicates para las de los pies, y las limas no le hacían ni cosquillas”.

“No se vosotras, pero a mí me da más cague que esté allí tapada que ver cómo está”.

“¿Y si le ha quedado el rostro desfigurado por la agonía?”.

“Pues la volvemos a tapar y listo, además menos miedo que somos seis, venga, tiramos de la manta a la una, a las dos y a las tres”.

Tal cual lo hicieron, Nadia, muy metida en su papel, se incorporó lanzando un alarido horrible que inmediatamente se mezcló con los chillidos de terror de las chicas que retrocedieron hacia atrás, alguna de ellas tropezando y cayendo de culo, en ese momento les dijo con voz cavernosa: “He traído a los demonios que os arrastrarán al infierno”.

De inmediato salieron los tres embozados de su escondite profiriendo terribles gruñidos, entonces la histeria ya fue total.

Nos delataron las risas que se oían desde la planta alta, fue Carmen la primera que sacudió una patada en la espinilla a uno de los demonios que trocó su gruñido en un grito de dolor.

El miedo se convirtió en ira: “Cabrones, hijoputas, suerte que no padecemos del corazón sino habríamos tenido un disgusto”.

Solo Yolanda se había quedado en el suelo gritando y llorando histéricamente, su novio trató de consolarla pero fue recibido con un puñetazo, tampoco permitió que ninguna de las otras chicas se le acercara.

Para nuestra sorpresa fue Nadia que se había desecho rápidamente de los falsos dientes y uñas quien se sentó a su lado en el suelo, le paso un brazo por el hombro y le dijo con voz suave: “Perdóname, me he dejado engatusar por estos canallas, siento haberte dado este susto, la idea era que fuera una broma”.

Yolanda paró de gritar y entre sollozos le contestó: “¿Una broma?, mira, me he meado encima”.

Nadia se incorporó, levantó a su llorosa compañera y le dijo: “Pues ven, vamos a la habitación a cambiarnos”.

Todos vimos boquiabiertos como Yolanda la acompañaba dócilmente escaleras arriba.

Los chicos se quitaron los disfraces, hubo muchos reproches y amenazas como: “Esta noche no os vais a comer ni un rosco cabritos”, pero la tensión se fue suavizando, al cabo de un buen rato Gonzalo dijo: “Si no fuera porque conozco bien a Yolanda diría que se están enrollando”.

A lo que yo añadí: “Pues te aseguro que Nadia no parece del rollo bollo”.

Y Carmen remató diciendo: “Las hay ambidextras”.

“Ha claro y lo sabes porque esta noche te has liado con Yolanda”.

“Yo no he dicho eso”.

“Si ahora disimula, que se te ha escapado”.

A todo eso Gonzalo había subido de puntillas las escaleras hasta llegar junto a la puerta, bajó del mismo modo para decirnos: “Pues están riendo”.

“Eso es bueno, quiere decir que Yolanda ha superado el ataque de nervios”.

“Si, y si dentro de un rato oímos gemidos de placer quiere decir que lo ha superado del todo”.

“Cállate guarro”.

Al cabo de un rato bajaban las dos chicas la mar de alegres, aunque Yolanda puso cara seria para decirnos: “A ella la he perdonado, pero a vosotros no, so cerdos”.

Fue durante la comida que preguntamos a las chicas: “Bueno, y aparte del sustito... ¿Qué tal fue el paseo?”.

“No nos lo recuerdes que aún cobrarás, además ya veníamos un poco tocadillas porque no muy lejos de aquí detrás de unas rocas vimos el cuerpo de un jabalí muerto, eso podría explicar los chillidos que oímos anoche”.

“Bueno, si estaba muerto no podía haceros daño”.

“Si estaba muerto quiere decir que otra bestia peor lo ha matado”.

“Que tontería, en ese caso estaría semidevorado”.

“Eso a menos que se haya limitado a chuparle la sangre”.

En ese momento Yolanda se situó detrás de Nadia y apoyándose

afectuosamente en sus hombros dijo: “Bueno, al menos sabemos que nuestra vampira de pacotilla no ha sido, ha estado toda la noche muy bien acompañada”.

“Doy fe de ello”, añadí yo, aunque no pude evitar el pensar en cuanto rato habría estado fuera cuando salió para hacer sus necesidades, pero enseguida descarté la idea por ser pura idiotez.

Fue Gonzalo quien dio un nuevo rumbo al tema diciendo: “Perfecto, pues en cuanto pare de llover nos lleváis allí, le cortamos una pata y la asamos en la chimenea”.

“Estás loco, seguramente habrá muerto de alguna enfermedad, ¿No has oído hablar de la triquinosis?”.

“Está bien, descartada la idea”.

Fuera porque al estar yo emparejado ya no tenía objeto que se siguieran haciendo las interesantes, o por el miedo que habían pasado, o por los gritos que habían escuchado la noche anterior, aquella noche las dos chicas que dormían juntas decidieron hacerlo en la alcoba de los dos desaparecidos, no sin antes añadir: “Pero no os hagáis ilusiones que venimos solo para dormir”.

“Por supuesto princesas, seremos vuestros paladines protectores, y la mejor forma de protegeros es ponernos encima para servir de escudo”.

“Tu inténtalo y verás la patada en los huevos que te llevas”.

La siguiente noche pasó sin sobresaltos, al día siguiente salió tímidamente un sol de caracoles y nos dispusimos a realizar alguna excursión, ya que se suponía que para eso habíamos venido, pero Nadia se excusó diciendo que al haber estado tanto tiempo en la oscuridad total ahora el sol le dañaba la vista, y yo como buen caballero me quedé para acompañarla.

No me arrepentí, ya que por las noches nuestras conversaciones eran monotemáticas y bastante limitadas al aspecto amoroso, sin embargo, al dialogar los dos solos en aquella sala descubrí que era una chica con una cultura muy amplia. Además del castellano perfecto y el rumano dominaba siete idiomas más y parecía tener conocimientos de casi todo, las cuatro horas que nuestros compañeros estuvieron fuera se me pasaron volando, además disfrutaba contemplando su belleza a plena luz en lugar de una vela.

El grupo regresó alborotadamente, Gonzalo había conseguido arrancarle un colmillo al jabalí, habían visto un par de corzos y un arcoíris genial, lástima que como la cámara de fotos lleva carrete de blanco y negro no se apreciará, al

final nos preguntaron: “¿Y vosotros, os habéis aburrido mucho?”.

Contesté: “Si me aburriera en compañía de Nadia sería un imbécil rematado”, pero no quise presumir del descubrimiento de las dotes intelectuales de mi compañera.

El tercer día amaneció plumizo y encapotado, a pesar de ello decidimos hacer alguna pequeña excursión. En nuestro mapa de montañeros aparecía una cueva cerca de allí, nos pareció una buena opción porque si llovía al menos tendríamos un lugar donde refugiarnos.

En esta ocasión Nadia decidió acompañarnos y marchó con nosotros con una agilidad increíble para alguien que ha estado tanto tiempo inmovilizada.

Al llegar encendimos nuestras pobres linternas, que al adentrarnos resultaban insuficientes para iluminar aquella vasta oscuridad, enfocábamos principalmente al techo para contemplar las geniales formaciones de estalactitas y el movimiento de algún murciélago, cuando de repente Nadia se soltó de mi mano gritando: “¡No sigas!”, y casi al instante oímos el chillido de Carmen al caer al vacío de un pozo vertical.

Iluminamos con las linternas para ver a Nadia estirada en el suelo junto al pozo con un brazo metido en él y oír la voz de Carmen gritando: “¡No me sueltes, por Dios!”.

Al acercarnos Nadia ordenó: “¡Quietos!, solo darme una mano”.

Tres manos agarraron con fuerza el brazo que no estaba dentro del pozo, y para nuestro asombro se fue levantando y sacando a Carmen, a la que tenía aferrada por la muñeca, con la fuerza de un solo brazo, y eso que Carmen era una muchacha sólida y de buen tamaño.

Cuando la tuvo fuera de peligro se abrazaron y vimos a la siempre corajuda Carmen llorar como una niña y dar besos en las mejillas a su salvadora diciendo: “Y pensar que no me caías bien, si no fuera por ti estaría muerta”.

Dos chicos se acercaron con precaución tratando de iluminar el fondo con sus linternas, pero fue en vano. Gonzalo, en plan práctico, tomó la piedra más grande que pudo levantar y les dijo: “Apartaros, yo os diré lo hondo que es”, tras lo cual lanzó el peñasco por el agujero.

Contuvimos la respiración, pero no se oía nada, hasta que al cabo de un momento que nos pareció una eternidad se oyó un retumbar lejano.

Hubo comentarios de todo tipo, desde el típico: “Hostia puta”, hasta el más

elaborado: “¿Pero cómo las autoridades locales no ponen un cartel a la entrada o una valla?”.

A lo cual alguien respondió: “Unos aldeanos capaces de enterrar viva a una chiquilla ¿Que les va a importar un puto agujero?, seguro que ellos ya lo conocen, y si se mata un excursionista que se mate, ¡cabrones!”.

De bajada íbamos hablando de la proeza, y fue Gonzalo el que comentó: “Lo que yo no entiendo es como has podido ver a Carmen acercándose a ese pozo en la oscuridad cuando todas las linternas enfocaban al techo”.

“¿No recuerdas ya todo el tiempo que he estado encerrada en la oscuridad tratando de agudizar los sentidos?, Con los días se me pasará, pero ahora puedo ver como los gatos, supongo que se me han quedado las pupilas dilatadas y por eso no soporto el sol”.

“En eso tienes razón, pero lo que me parece incomprensible es como has podido levantar a esta macizorra con un solo brazo, yo no hubiera podido hacerlo”.

“Una gitana tiene que ser fuerte, cargar leña y lo que haga falta, además en un momento de histeria la fuerza se duplica, a mí me daba terror que Carmen cayera”.

En este punto intervino Carmen como una gallina furiosa defendiendo a sus polluelos: “A ver, so mameluco, tu no hubieras podido levantarme porque eres un media mierda, aún le buscarás las cosquillas por haberme salvado, ¿O es que preferirías que ella no fuera nictálope y no fuera fuerte y yo me hubiera matado?”.

“No, eso sería horrible, porque volveríamos a estar desaparejados”.

“Ves a tomar por culo cabrón, y tu ven conmigo niña, si algún capullo te dice otra tontería me avisas y le pego una patada en los huevos”.

Nadie se atrevió a insistir en el tema, pero alguien apuntó desde atrás: “¿Os dais cuenta de que éramos trece, el número de la mala suerte?... Pero eso con Nadia se arregló.

A lo que Yolanda añadió: “Está claro que nuestro encuentro fue una suerte para ella, pero también para nosotros”

“Si, sobre todo para Carlos, que se la trajina”, Añadió una voz anónima disimulando su autoría en tono de falsete”.

Cuando volvimos al caserón Carmen pidió algún linimento para ponérselo en

la muñeca que lucía una marca como si hubiera llevado una argolla de acero, su enfermera le comentó: “Menuda marca te ha dejado”, a lo que ella respondió rauda como el picotazo de una serpiente: “Bendita marca que me ha salvado”.

Gonzalo no pudo reprimirse para decir: “Pues como le agarre así la polla a uno que yo sé...”.

Las risotadas generales pusieron fin al debate.

A partir de aquel suceso, todo el grupo trató a Nadia con el respeto y la admiración que merece una persona capaz de tales proezas, solo en una ocasión uno de los chicos que hablaba poco, pero cuando lo hacía siempre la cagaba, me dijo en un susurro: “Tío, porque sé que te la follas cada noche, que si no diría que es una vampira”.

A lo que yo contesté lacónicamente: “Ves a parir panteras”.

Ahora Nadia hacía grupito con las otras chicas y les contaba cosas típicas de su país, pero de forma sencilla, sin mostrar la amplitud de sus conocimientos.

Me gustó que supiera ser discreta y no alardear más de lo que sin querer ya había hecho.

En una ocasión en que el cielo estaba encapotado las acompañó a recoger algún vegetal silvestre para aderezar la comida, en aquella ocasión sí que mostró sus dotes de campesina, escogiendo hierbas, bayas y algún hongo.

En una ocasión en que vieron un conejo una chica gritó: “Mira, si pudiéramos atraparlo estaría buenísimo a la brasa”.

A lo que Nadia contestó: “Matarlo para comérmolo, ¡Que asco!, dejémosle que viva pobrecillo”.

“Bueno, de todas formas, tampoco hubiéramos podido pillarlo”.

“En esta ocasión volvieron alegres con su carga vegetal, riendo como niñas, una comentó: “Es curioso, pero, aunque es pequeñita y delgada, paseando por el monte con Nadia me siento más segura”.

Y otra añadió “La ventaja es que estando con nosotras no tenemos que temer otra sorpresita al volver”.

Carmen remató el tema diciendo: “¿Piensas que estando solos son unos angelitos?, si fueron ellos los que engatusaron a la pobre chica, que como es nueva no se atrevió a decir que no, pero te aseguro que no tendrán huevos de

repetir la jugada”.

Y efectivamente no lo hicimos.

Aquella cena con las judías cocinadas a fuego lento con agua de montaña y añadiendo, según instrucciones de Nadia, algunos de los ingredientes recogidos en el campo, fue memorable.

Fue Francisco el que probándolas puso cara de éxtasis y me dijo: “Que suerte tienes cabrón, además de guapa cocina de maravilla, si todo lo hace así de bien...”.

“Te aseguro que hay otras cosas que aún hace mejor”, apostillé.

Nadia comenzó a decir: “Bueno, es que una gitana...”.

Pero Gonzalo la interrumpió diciendo: “Tiene que saber cocinar, ¿A que ibas a decir eso?, ya me gustaría a mí conocer todas las cosas que sabe hacer bien una gitana”.

“Pues te vas a quedar con las ganas so cabrón”, rematé.

Finalmente se acabaron las minivacaciones sin otros incidentes dignos de mención, volvimos a desandar lo andado, pero por una ruta diferente, evitando pasar cerca del fatídico cementerio y sus alrededores.

Aquel día estaba nuboso, pero con intervalos de sol, Nadia solicitó a todo el grupo: “¿Podéis dejarme algo para protegerme la vista?”.

De inmediato aparecieron como por ensalmo multitud de gorros y gafas de sol, para nuestro asombro escogió una amplia pamelita y dos gafas de sol bastante oscuras que se colocó una encima de otra.

El tren nos dejó en Barcelona, y se planteó como solucionar el tema de la ropa prestada, quedaba claro que Nadia vendría a mi casa, porque aún me quedaban días libres antes de retomar las clases y mis padres no regresarían hasta la semana siguiente.

La primera en responder fue Carmen, que dijo: “Tranquila por la ropa, yo soy una urraca sentimental y guardo muchas cosas de cuando era más pequeña, te quedarán perfectas”.

Al cabo de pocas horas ya habían venido a mi casa cinco de las chicas, trayendo más ropa de la que Nadia podría ponerse jamás, con lo cual pudo devolver todo lo prestado.

Alguien le dijo: “Bueno, algunas prendas están algo pasadas de moda”, a lo que ella respondió: “Tranquilas, en mi país será modernísimo”.

Al final nos quedamos solos, cenamos, nos acostamos en la cama de mis padres que era más amplia a pesar de las reticencias de Nadia que dijo: “¿No lo notarán?”.

“Tranquila, soy especialista en no dejar rastro de mis hazañas”.

Y dormimos profundamente después de una maravillosa sesión amatoria, mejorada en esta ocasión por la comodidad de una cama decente.

Al día siguiente, me pidió que la acompañara a una cabina telefónica provisto de una generosa cantidad de monedas, despojé mi hucha cerdito de la mitad de su contenido y salimos.

Llamó a más de un teléfono con más cifras de lo habitual, habló en algún idioma que no pude identificar, y finalmente me dijo: “Arreglado, me recogerán dentro de dos días”.

Al regresar a casa nos sentamos en el sofá, le cogí una mano, miré sus maravillosos ojos verdes y le dije: “Cariño, yo sé que ahora tienes que volver a tu país, pero yo no quiero perderte, estoy muy enamorado de ti, de alguna forma quiero que sigamos en contacto, por carta, por teléfono, y volviéndonos a ver cuándo haya vacaciones, al acabar los estudios trabajaré, tendré mi propio piso, nos casaremos y ya no nos separaremos jamás”.

Ella me lanzó una mirada triste y respondió: “Es una propuesta maravillosa, pero imposible de realizar”.

“¿Porque imposible, dicen que el amor lo puede todo, ¿Tú me quieres?”.

“Claro que sí, más de lo que te imaginas, pero eso no cambia las cosas”.

“¿Cuál es el problema: Religión, raza, familia, estás prometida a alguien?”.

“Si solo fuera eso lo arreglaría de un plumazo, pero es algo mucho más importante”.

“¿Por lo menos me lo podrás explicar?, si he de perderte es lo mínimo que me merezco”.

“Ya que lo quieres... Que así sea, no podemos estar juntos porque pertenecemos a distintas especies”.

“No digas bobadas, por muy gitana que seas ambos somos humanos”.

“Tú sí, pero yo no”.

“¿Me vas a decir que eres extraterrestre?”.

“Que va, soy tan terrestre como tú, o más, pero de una especie que oficialmente aún no habéis descubierto, solo aparecemos en vuestros mitos y leyendas”.

“Pues a mí me parece muy humana incluso podemos reproducirnos tú y yo”.

“Te equivocas, podemos copular, como lo podrían hacer un lobo y una cabra, pero al igual que ellos, nunca nos reproduciríamos, jamás llegaríamos a tener descendencia”.

“A mí eso de los hijos no me importa, podemos no tenerlos, o adoptarlos”.

“Eso no sería lo más importante, no sé si te diste cuenta qué en un principio tus amigas recelaban de mí, es porque las mujeres tienen más instinto, luego mi relación contigo y mi facilidad para engatusar a la gente hicieron que se les fuera pasando”.

“¿Y qué especie es esa tan misteriosa a la que perteneces?”.

“En vuestra lengua no tiene nombre, pero lo más parecido sería decir que soy una vampira, pensáis que el homo sapiens no tiene depredadores, pero si los tiene, nosotros, y una de nuestras grandes ventajas es el desconocimiento que tenéis de nuestra existencia”.

“¿Me quieres hacer creer que eres como las de esas películas, que te levantas por la noche de un ataúd, te conviertes en murciélago y te vas volando a desangrar niños?”.

“Todos esos mitos son bobadas, que ya nos convienen, porque no hay mejor forma para negar la existencia de algo que crear una leyenda ridícula. Para que entiendas la similitud, somos respecto a vosotros lo que un leopardo a una oveja, más fuertes, más ágiles, más inteligentes”.

“¿Y todo eso de las cruces, los ajos, el sol, y que no podéis entrar en una casa si no os invitan?”.

“Puras tonterías, el sol nos molesta porque para nuestras funciones depredadoras somos eminentemente nocturnos, como los búhos, los ajos nos molestan como a ti el olor a pedo, pero no nos impiden nada, y respecto a las

cruces y el agua bendita... Solo te diré que yo estoy bautizada”.

“Pero no sois monstruos sedientos de sangre, porque si no hubieras acabado con todo el grupo en la soledad de la montaña”.

“Claro que no, somos capaces de generosidad, amor, buenos sentimientos... Pero eso no cambia el que seáis nuestro alimento”.

“¿Llevabas mucho tiempo sin comer en el ataúd?”.

“Un mes aproximadamente, pude resistir porque mi metabolismo es muy diferente al vuestro, por eso me notas tan fría”.

“Pero no me mordiste cuando abrí la caja”.

“La verdad es que tuve que contenerme mucho, pero no podía dañar a las personas que tan noblemente me estaban salvando”.

“Y aún sigues sin comer”.

“No, que va, en la primera noche que estuvimos juntos me levanté y desangré aquel pobre jabalí, normalmente le hubiera extraído medio litro de sangre y dejado marchar, pero en ese momento necesitaba toda la que él tenía”.

“Pues lo hiciste todo muy rápido, porque en seguida volviste conmigo”.

“Eso es lo que tú te crees, te sugestioné para que durmieras como un tronco y al despertar pensaras que habían pasado minutos, pero estuve fuera dos horas”.

“Y dime: ¿Si os podéis alimentar con sangre de animales, porque arriesgarse depredando humanos?”.

“La sangre de los animales es para nosotros como para ti comer pan y agua”.

“Pero yo te he visto comer alimento normal”.

“Para mí es como si tú comieras hierba, la mayor parte la vomitaba al ir al lavabo”.

En ese momento le cogí las manos y le dije: “Nadia, mi amor, si me convirtieras en vampiro, sí que podríamos vivir juntos”.

“Otro tópico absurdo: ¿Te imaginas que porque un leopardo muerda a una oveja esta se va a convertir en leoparda?”.

“Bueno, puestos a confesar, ¿Dime cuantas personas has matado?”.

“A ninguna, por supuesto, Si cada vez que comiéramos matáramos a un ser humano, menudo rastro de muertes iríamos dejando a nuestro paso, con medio litro de sangre tenemos suficiente para varios días, tenemos un metabolismo muy eficiente”.

“Pero tú tienes unos dientes muy normales, con eso no puedes clavarlos y chupar sangre dejarías una herida terrible”.

“¿Que te pasa cuando tienes una erección?, que tu pene pequeñito y flácido aumenta varias veces su volumen y puedes hacer el amor. Cuando yo he de comer, mi dentadura deja un par de pequeños huecos por los que sobresalen mis colmillos, que además están huecos, como las agujas hipodérmicas, con eso chupamos la sangre, no la bebemos como en las películas, ni nos manchamos la boca de sangre”.

“Pero a la víctima le dejáis dos hermosos agujeritos”.

“Ni eso, al acabar le inoculamos una gotita de un cicatrizante muy poderoso, cuando despierta apenas tiene un par de minúsculos granitos, o menos aún”.

“¿Y lo de volar, convertirse en murciélago o el lobo?”.

“Otra idiotez, podemos dar saltos que para vosotros serían imposibles, como cuando me lancé para agarrar a Carmen, pero nada de volar, ni convertirnos en ningún bicho”.

“Pues suerte tuvo Carmen de que fueras una vampira, sino estaría muerta, y suerte que estaba oscuro y nadie te vio dar ese salto inhumano, fuiste muy generosa al arriesgarte a ser descubierta”.

“Mi primer deseo fue salvarla, pero también hubo algo de egoísmo, imagina que muere, que jaleo, la policía interviniendo e identificando a todos los acompañantes y testigos, yo indocumentada y oficialmente muerta”.

“Aquí hay algo que no cuadra, tú dices que no podemos reproducirnos entre humanos y vosotros, pero tu padre y tu madre...”.

“Evidentemente, los dos eran vampiros, y la historia de su amor es de hace más de dos siglos”.

“Entonces ¿Tu edad?...”.

“Doscientos doce años actualmente”.

“Ahora entiendo porque tienes tantos conocimientos y sabes tantos idiomas, entonces... Lo que si es cierto es que sois inmortales”.

“Nada de eso, vivimos un promedio de mil años, pero también envejecemos, para mi raza yo soy la chiquilla que ahora ves”.

“¿Y lo de mataros solamente con una estaca en el corazón o balas de plata?”.

“Otra bobada, por nuestro metabolismo somos más difíciles de matar que un ser humano, pero un par de disparos en la cabeza... Y listo”.

“Dices un par”.

“Es que los hay que con uno solo han sobrevivido”.

“Aquí hay algo que se me escapa, porque entonces los que te encerraron allí, ¿Quiénes eran?”.

“Evidentemente, eran de los nuestros, unos humanos normales no hubieran podido, entre nosotros también hay rivalidades de todo tipo, pero siempre en la sombra, de todas formas, mi grupo ya está avisado y nos encargaremos de ellos”.

“Imagino que también será un mito eso de que hipnotizáis a vuestras víctimas”.

“Pues eso precisamente no, entre nuestras capacidades está la de hipnotizar, sugestionar y convencer de casi cualquier cosa a un ser humano, ¿Como te piensas que le curé el ataque de histeria a Yolanda?”.

“Oye... ¿Y mis sentimientos por ti... Me los has inducido?”.

“¡Tú no eres mi presa!, y yo nunca le hubiera hecho ninguna treta al hombre que aguantó su miedo para salvarme”.

“¿Como sabes que tenía miedo dentro de la tumba?”.

“Para mí es como si llevaras un letrero luminoso explicándolo, tu olor, tus pulsaciones, tus ojos, el leve temblor cuando me abracé a ti...”.

“Me alivia saber que lo mío por ti es auténtico y nunca me has sugestionado”.

“Bueno, una vez un poquito sí”.

“¿Cuándo zorrón?”.

“Cuando tuve que salir a cazar al jabalí, te sugestioné para que durmieras como un tronco hasta que yo volviera y no tuvieras noción del tiempo que había transcurrido”.

“Bueno, eso es perdonable, pero no lo vuelvas a hacer”.

“Pues hablando de eso... Esta noche tengo que volver a salir, se me están agotando las pilas”.

“Pero en Barcelona no hay jabalís”.

“Pero hay montones de humanos”.

“Entonces la idea es que te enrollarás con un tío, lo llevarás a un sitio discreto, le quitarás medio litro de sangre y despertará sin saber que ha pasado”.

“Algo así”.

“Pues me niego, y no se te ocurra hipnotizarme para que cambie de opinión”.

“¿Y cómo piensas que voy a sobrevivir el resto de mi vida?, pues de esa forma”.

“Cuando ya no estés conmigo – ojos que no ven corazón que no siente – pero ahora que estamos juntos no lo hagas, no soporto que salgas a enrollarte con un tío asqueroso capaz de liarse con una chiquilla como tú”.

“¿Y prefieres verme sufrir hambre junto a ti?”.

“No tienes por qué padecer hambre”.

“No veo cómo”.

“Muy fácil, solo necesitas medio litro ¿Verdad?, pues tómalo de mí”.

“¡Hostia Carlos, eso no!, ¿Qué recuerdo te quedaría de mí, el de una monstra depredadora?”.

“El de una amiga muy querida que necesitaba ayuda. Una de mis compañeras de colegio tuvo un accidente grave, pidieron sangre compatible, yo me ofrecí y le pusieron una transfusión de la mía, ¿Cuál es la diferencia?”.

“Pues hay muchas diferencias, ella no la tomó, se la pusieron, y todo en un ambiente más aséptico, ¿Cómo reaccionarías al notar mis labios sobre tu cuello

y saber que te voy a pinchar?”.

“Pensaría que me vas a dar un beso de amor, ¿Y qué mejor acto de amor que evitar que la persona amada sufra?”.

“¿Y con que ojos me mirarás luego?”.

“Con los mismos de ahora, ¿Me harás mucho daño?”.

“Ninguno, es una sensación placentera”.

“Fíjate que maravilla, igual hasta tengo un orgasmo”.

“No, pero algo muy parecido”.

Me tumbé en sofá con la cabeza apoyada en su pecho y le dije: “Venga, no seas tímida”.

“¿De verdad lo quieres así?”

“De verdad de la buena”.

No dijo nada más, solo noté sus labios besando mi cuello y su lengua jugueteando con mi piel, cuando la retiró percibí una sensación indescriptible comparable a la de una eyaculación que en lugar de centrarse en los genitales se extendiera por todo el cuerpo. Me parecía flotar mientras ella acariciaba suavemente mi mejilla, finalmente noté que me volvía a besar y un par de sus lagrimones cayendo sobre mi mejilla.

“¿Porque lloras tonta?, ¿Ya has terminado?”.

“Claro que sí, con lo que me has dado tengo de sobras, lloro de pura emoción porque nunca pensé que un humano me ofrecería su sangre generosamente, ahora mismo te preparo un bocadillo y te lo tomas con un buen vaso de vino”.

“¿Te puedo pedir un favor?”.

“Lo que quieras”.

“Enséñame los colmillitos, anda”.

“Lo que quieras menos eso, ¿Que imagen quieres tener de mí en tu recuerdo so depravado, la de una morenita de ojos verdes o la de una vampira colmilluda?”.

“No te enfades, tienes razón, era pura curiosidad... Y tal vez algo de morbo”.

Mientras comía en la cocina no pude por menos que comentarle: “Lo que es de admirar, es que después de un mes sin alimentarte y rodeada de presas como nosotros pudieras contenerte, y más cuando estuviste a solas conmigo, ¿Como lo conseguiste, a pura fuerza de voluntad?”.

“A veces el honor es más importante que la vida, además me ayudó el buen trago de vino, y como no... Tu esperma”.

“¡No jorobes!, ¿El esperma humano os alimenta?”.

“La verdad es que sí”.

“Pues vamos a la cama que te voy a dar el postre”.

“Déjate de tonterías, tienes que comer y recuperarte, además la noche es muy larga”.

“Oye Nadia, se me está ocurriendo una idea: ¿No podrías quedarte conmigo y vivir solo de mí?, soy muy fuerte y fíjate, después de alimentarte estoy como si nada”.

“No mi cariño, un ser humano sólo no puede alimentar a uno de nosotros, acabarías muriendo, además tengo que regresar con los míos”.

“¿Tienes algún amor vampiro por ahí?”.

“Que va, si soy casi una niña, me he enrollado contigo porque también eres un crío y porque al sacarme de la tumba me dejaste hechizada, fue un verdadero flechazo, aunque sabía que lo nuestro no podía prosperar, pero mientras ha durado ha sido maravilloso”.

“Vale, pero no hables en pasado que aún nos quedan dos días”.

Al irnos a la cama aquella noche, me puse encima suyo dispuesto a aprovechar el poco tiempo que nos quedaba, entonces me puso el dedo en los labios y dijo: “Vale, pero duerme unos minutos primero, para que te recuperes del todo”.

Le dije que, de acuerdo, porque la verdad es que, tal vez debido a la extracción de sangre, o al vino de la cena, o a todo en conjunto, tenía una somnolencia bestial que hacía que se me cerraran los ojos involuntariamente.

Me dormí aquellos supuestos minutos y cuando desperté ya había amanecido.

Miré a Nadia, que me contemplaba con una sonrisa picarona y le dije: “¡Me

has vuelto a sugestionar!”.

“La verdad es que sí, quería que descansaras”.

“Por lo menos espero que no hayas ido a cazar jabalís de dos patas”.

“Nunca te engañaría cariño, he estado toda la noche, a ratos durmiendo a tu lado y otras veces velando tu sueño”.

“Pues ven aquí que ya estoy recuperado y te voy a dar el postre que te prometí anoche”.

Durante la mañana le di el postre en forma de amor en varias ocasiones, no teníamos prisa por levantarnos en aquel que sería nuestro último día juntos.

Por la tarde, sentados en el sofá me dijo: “Ven, que ahora soy yo la que te hará un regalo, agacha la cabeza y muéstrame el cogote”.

“¿Me vas a volver a morder?”.

“En cierto modo sí, pero no te voy a sacar sangre”.

Hice dócilmente lo que me pedía sin hacer más preguntas, en esta ocasión sí que noté unos leves pinchacitos, como si me estuvieran tatuando algo. Al acabar le pregunté: “¿Me has hecho un dibujito con los colmillos?”.

“Algo así, te he dejado una marca que los humanos no perciben, pero nosotros sí, con ello indico que me perteneces, que ningún vampiro te puede utilizar y por el contrario si llega el caso deben procurar ayudarte”.

“¿Aquellos que te enterraron también lo respetarían?”.

“No te preocupes por esos, tienen los días contados”.

A medida que caía la tarde la melancolía se iba apoderando de nosotros y los temas de conversación ya no eran tan alegres, en un momento dado me miró tiernamente a los ojos y me dijo: “No quiero que creas que somos seres infernales o algo parecido, ni que estamos medio muertos o no tenemos alma, somos simplemente otra especie más evolucionada tal vez que vosotros, y si hasta una rata tiene espíritu... ¿Como no lo vamos a tener nosotros?”.

“¿Y tenéis alguna religión?”.

“No te ofendas, pero eso es para los seres poco evolucionados, simplemente creemos en el progreso del espíritu a través de innumerables vidas”.

“No me ofendes, yo soy agnóstico, pero ese tema de la reencarnación me seduce, como tu vivirás unos mil años, en ese tiempo puedo vivir varias vidas humanas, y si me supero, finalmente podré reencarnar en un ser evolucionado, como tuuu... Y así podríamos vivir una vida juntos”.

Sonrió al captar el sarcasmo referente a lo del ser evolucionado y me contestó: “Aunque los humanos seáis una única especie y os podáis reproducir, te aseguro que entre algunos de vosotros hay una diferencia abismal, los de espíritu más bajo están más cerca de los monos que de personas como tú, que eres de los más elevados que he visto jamás, y te aseguro que tengo experiencia en el asunto”.

“¿Como no la vas a tener, si constituimos tu menú?: ¿Qué tomará esta noche la señora para cenar, chino de Pekín o negro del Congo?.

“Huy, negros no que luego me repiten”, contestó, y los dos reímos la gracia.

Un momento antes de marchar me dijo con semblante muy serio: “Aunque no nos volvamos a ver, siempre habrá algo de mí en ti”

“Y también de mí en ti, medio litro de sangre y casi otro medio de esperma”.

“No tonto, quiero decir algo espiritual, una especie de conexión, si alguna vez tienes alguna confrontación importante con alguien, piensa con fuerza en mí, y de alguna forma te ayudaré mentalmente para que triunfes”.

Nos dirigimos al centro de la ciudad, cargados con dos maletas y una mochila con la mayor parte de la ropa que le habían dado que tomó diciendo: “Con la ilusión con la que me la han regalado sería un pecado dejármela”.

Bajamos al extremo Este de lo que entonces era llamado pomposamente, la Avenida de la Luz, bajo la calle Pelayo, y allí tomó ella la mochila en sus espaldas, una maleta en cada mano y me dijo: “Aquí nos despedimos, es mejor que los que vienen a buscarme no te vean conmigo”.

Nos dimos un cálido beso y allí me quedé yo como un tonto viéndola alejarse pasillo adelante hasta que la perdí de vista, hubiera querido correr detrás suyo y gritarle: “¡No te vayas!, vivamos juntos aunque seamos la loba y el cordero”.

Finalmente me alejé tratando de reprimir los sollozos. El día siguiente lo ocupé procurando borrar cualquier rastro de lo sucedido en el piso.

Aun así, mi madre, que tenía un sexto sentido me preguntó: “¿No habrás aprovechado que no estábamos para traerte alguna amiguita?”.

“¿Una?, que va, seis por lo menos”.

“Tu haz broma, pero lo último que quisiera es que dejaras alguna embarazada”.

“Mamá, más adelante no lo sé, pero te juro que como resultado de esta Semana Santa no serás abuela”, Mientras para mis adentros pensaba: “Porque somos de especies diferentes, que si no...”.

Pasaron los años, acabé la carrera, comencé a trabajar, alquilé mi propio piso, tuve algunas novias, pero nada serio. El trabajo en una importante compañía me funcionaba medianamente bien, pero no para tirar cohetes.

Todo cambió el día que fui llamado al despacho del gerente, había una reunión de la plana mayor, además del propio gerente, el director general, el jefe de personal y tres compañeros míos que con toda desfachatez me acusaron de desfalco y venta de datos relevantes a firmas de la competencia.

De inmediato, como un trallazo, me vino a la mente lo que Nadia me había comentado respecto a pedirle ayuda, lo hice con toda la fuerza de mi mente y en el momento en que me tocó hablar, miré con intensidad a mi principal acusador y le dije en un tono seco como el acero: “Veamos, señor Fuertes, ¿Qué es lo que realmente intenta usted tapar con esta acusación tan falsa como Judas?”.

Se hizo un espeso silencio, al cabo de un momento, ante la sorpresa de todos los presentes, aquel individuo comenzó a gimotear y a decir que él no tenía la culpa, que los otros dos le habían obligado.

De inmediato reveló toda la trama y sus motivaciones para acusarme. Pensaban que se podía haber descubierto parte de la maniobra y buscaron un chivo expiatorio para cargarle todas las culpas.

Los encargados de seguridad los acompañaron a una sala de espera donde recibieron la carta de despido sin indemnización alguna.

Ante el vacío de personal yo pasé a ser jefe de departamento con un importante incremento salarial, allí pude organizar la metodología que tenía en mente hace tiempo con el consiguiente ahorro en costes y el incremento de la eficacia.

Cuando se produjo una jubilación por enfermedad de un alto cargo, fue en mí en la primera persona en que pensaron.

No podía quejarme del rumbo que habían tomado los acontecimientos, pero no estaba del todo satisfecho, quería montar mi propia empresa, pero para eso

necesitaba una financiación importante.

Dado que la concesión de un cuantioso crédito a un don nadie como yo era impensable, solo me quedaban dos opciones: Ahorrar como un ermitaño privándome de todo lo que daba sentido a mi vida como mi todo terreno, los viajes exóticos, el esquí, el submarinismo, y como no, el gozar de la compañía de una buena amiga en un restaurante u hotel de lujo, o seguir como hasta ahora y ahorrar una cantidad insuficiente.

Andaba sumido en aquella disyuntiva cuando al despertarme un sábado por la mañana, bien entrado el día, después de un sueño reparador, me di cuenta de que tenía una cinta atada en la muñeca.

La noche del viernes había salido a beber unas copas con los amigos, pero no tantas como para haber olvidado aquella cinta, estiré de ella y noté una importante resistencia en el extremo opuesto.

La seguí por debajo de la cama hasta ver que la otra punta estaba atada a un saquito de cuero profusamente decorado, adherido al cual, se encontraba un sobre con una nota en un bello papel apergaminado.

Leí con avidez su contenido, escrito en una preciosa letra cursiva: “Hola cariño, aunque lo que hiciste por mí no se puede pagar con oro, espero que esto te ayude a iniciar tus sueños. Que no te engañen, estas piezas valen mucho más que el oro en que están formadas. Y, por cierto, cuando puedas ves a mirarte en el espejo, esta vez ha sido un beso sin colmillos. Si te preguntas por qué no te he despertado, es simplemente porque no he querido hacerte pasar otra vez el dolor de la despedida. Te quiere: Nadia”.

Dejé para después el contenido del saquito y me dirigí corriendo al cuarto de baño, allí pude contemplar en mi cuello, gravados en rojo carmesí, como si estuvieran pintados a pincel, los labios de Nadia.

Lo primero que hice fue tomar mi sofisticado equipo de fotografía y hacerles fotos en todos los ángulos y tonos de luz posibles, cuando las hube mandado revelar, busqué la que mejor había quedado en primerísimo plano y encargué una ampliación de dos metros cuadrados que hoy preside mi sala de estar dentro de un magnífico marco dorado.

La gente que viene a mi casa lo ve como un cuadro vanguardista que representa unos labios marcados sobre un fondo de piel rosada, pero nadie adivina ni por asomo lo que realmente significa para mí.

Respecto al contenido del saquito, estaba repleto de unas macizas monedas, o tal vez medallas de oro, con dibujos e inscripciones que no acertaba a

comprender.

Fui prudente, tal como Nadia me indicaba en su carta, tomé solamente una y me dirigí a la numismática más importante de la ciudad, dije que la había heredado de mi abuelo que en paz descanse, y que deseaba saber su valor de cara a una posible venta.

El dependiente miró extrañado aquel objeto, llamó al dueño del establecimiento que al cabo de un momento me preguntó: “¿Y de donde dice que la sacó su abuelo?”.

“No tengo la menor idea, murió poco después de entregármela”.

“¿Tiene alguna más como esta?”.

“En absoluto, solo me dio esta”.

“Con su permiso le voy a hacer una fotocopia por las dos caras, para realizar una consulta”.

“Si, por supuesto”.

Vi que pasaba la fotocopia por fax, hacía un par de llamadas bastante largas desde su despacho, y al final salía sonriente para decirme: “Tengo buenas noticias, lo he consultado y puedo ofrecerle...”.

La cifra que me dio era apenas algo superior al precio del oro que contenía, que yo había calculado previamente según su peso, tomé la moneda en la mano y contesté: “Es una oferta muy tentadora, pero por otro lado se trata de lo único que me legó mi abuelo, deme una tarjeta, lo pensaré y les llamaré”.

“Ha, de acuerdo... ¿Usted es el señor?”.

“Manuel García”

Con aquella frase abandoné la tienda de aquellos estafadores. Con el tiempo poco a poco y con discreción me fui enterando de que aquellas piezas eran rarísimas y de un valor por lo menos treinta veces su peso en oro.

Apenas de una en una, o máximo dos, las fui vendiendo. Principalmente en Suiza.

Las subastaba previamente y cuando llegaba con mi coche cargado con los correspondientes esquís en la vaca, para disimular y para aprovechar el viaje, ya tenía al comprador esperándome.

Parte del dinero se quedaba en el propio país y otra parte volvía conmigo después de haber pasado unos días esquiando.

Me acostumbré a pagar todos mis gastos con dinero en efectivo, y ahorrar en la cuenta bancaria prácticamente casi todo mi elevado sueldo, salvo los gastos esenciales como piso, luz, agua, gas, Etc.

Pude apreciar que las monedas tenían siete formatos diferentes, así que las vendí todas menos las siete últimas, una de cada clase.

En aquel momento me dispuse a cumplir mi sueño, dado que el dinero ahorrado no era suficiente, no tuve ningún problema para obtener un crédito, dejando como garantía en la caja del propio banco una bonita caja de madera lacada llena a rebosar de francos suizos. Al no existir riesgo alguno para la entidad, pude conseguir un interés realmente preferencial.

Y mi sueño funcionó, tan estupendamente que poco tiempo después podía retirarme dejando a gente de confianza a su cargo.

Lo que nunca me funcionó bien fue el tema amoroso, ante la inevitable comparación con Nadia, todas las posibles candidatas salían perdiendo.

Eso no quiere decir que estuviera solo ni fuera misógino, con una presencia y trato agradable y mucho dinero en el bolsillo no faltaban nunca mujeres que quisieran acompañarme a unas vacaciones en Bora Bora, pasando por Los Ángeles y París.

Pero inevitablemente, al no tener descendencia, en mi vejez me encontré solo, aunque muy bien cuidado, hasta que al final de mi andadura tuve que ser hospitalizado. Maldecía mi suerte al tener que estar allí impedido sufriendo, sin que los médicos me permitieran poner fin a mi existencia, cuando una tarde lluviosa y gris, entró una enfermera diciéndome: “Don Carlos...”.

La miré malhumorado porque detestaba que me llamaran Don, pero mi semblante cambió cuando continuó diciendo: “Ha venido a verle una señorita que dice que es su sobrina nieta Nadia”.

Sonreí y con las escasas fuerzas que me quedaban contesté: “Que pase por favor”, y en un tono más seco añadí: “Y que no nos moleste nadie en todo el rato que esté, porque tiene muchas cosas que explicarme”.

Cuando entró en mi habitación fue como una bendición del cielo, en los setenta años transcurridos desde nuestra aventura se había convertido en una muchacha radiante y esplendorosa, me avergonzaba que me viera en aquel estado de ruina

física, sonrió y me dijo: “Mi pobre Carlitos, ¿Que te ha hecho esta gentuza?”.

“Ya ves, aquí me tienen prisionero de mi miseria, no me dejan morir dignamente”.

“Eso tendremos que arreglarlo luego, pero ahora cuéntame, ¿Que tal ha ido tu vida?”.

“Pues sin ti... Muy sosa, con dinero eso sí, sobre todo gracias a tu empujoncito, pero sin verdadero amor”.

“Ya sabes lo que dicen, no se puede tener todo”.

“Pues hubiera preferido tenerte y ser un obrero modestito, pero háblame de ti: ¿Te has casado, tienes hijos?”.

“No, en esto he sido una rebelde, mis mayores podían impedirme convivir contigo, pero no podían obligarme a que me uniera a nadie. Eso hasta ahora en que ya tengo un estatus dentro de nuestra sociedad en que puedo hacer lo que me dé la gana, hasta vivir contigo si quiero”.

“Llegas un poco tarde mi princesa, tu príncipe está en las últimas”.

“Lo sé, pero el poco tiempo que te quede lo pasaremos juntos, espera un momento”.

Supongo que utilizó su poder de sugestión, porque al cabo de un rato me pusieron delante unos papeles que firmé con mano temblorosa y salí en una ambulancia hacia el lujoso ático que tenía en la parte alta de la ciudad, desde el que podía divisarla entera hasta el mar.

Una vez me hubo instalado en la cama, sonrió al ver el enorme cuadro con la foto de sus labios, “Que fetichista eres”.

“Es lo único que me quedó de ti, bueno, eso y las monedas, pero las tuve que vender, porque tú me las habías regalado con una finalidad y no podía decepcionarte, pero he guardado una de cada, están allí, en la caja disimulada detrás de aquel enchufe, dentro de su saquito original, con tu nota”.

Se quedó mirándome tiernamente mientras en el espacioso ventanal se podía contemplar como caía la tarde, finalmente le dije: “Nadia”.

“Dime corazón”.

“Ni podemos hacer el amor como antes, ni, aunque por un milagro yo pudiera

permitiría que lo hicieras con un vejarucón de ochenta y ocho años, pero hay un placer que si me puedes volver a proporcionar”.

“¿Cual mi amor?”.

“El de sentir tus labios sobre mi cuello y mi sangre fluyendo hacia ti”.

“¿De verdad es eso lo que deseas?”.

“Más que nada en el mundo, pero por favor, esta vez hasta la última gota”.

Volví a notar sus labios en mi cuello, su mano acariciando mi cabeza y aquella maravillosa eyaculación brotando de todo mi cuerpo hacia el cuello. Antes de hundirme en el sueño definitivo le dije en un susurro: “La próxima vez a ver si nos ponemos de acuerdo al reencarnar, o los dos humanos o los dos vampiros”.

**FIN ...**